



**ESPINO LÓPEZ, Antonio.** *Fronteras de la Monarquía. Guerra y decadencia en tiempos de Carlos II, 1665-1700.* Lleida: Editorial Milenio, n. 75, 2019. 877 págs. [17 x 24].

No podía ser otro que el profesor Antonio Espino López quien presentara en sociedad un clarificador estudio comparativo relativo a la crisis política y militar de la monarquía española durante el reinado del último de los Austrias. Nuestro autor ha adquirido una nítida conciencia sobre el verdadero alcance de la decadencia hispana en la segunda mitad del siglo XVII, gracias a libros como: *Pàtria i llibertat. La Guerra de Successió a Catalunya, 1704-1714*, Catarroja-Barcelona, 2013 (IHE. Novembre, 2014); *Las guerras de Cataluña. El teatro de Marte, 1652-1714*, Madrid-México-Buenos Aires, 2014 (IHE. Setembre, 2015); y más recientemente, *La Cerdaña en armas. Conflicto e identidad en la frontera catalana, 1637-1714*. Lleida, 2017 (IHE. Novembre, 2018).

En una voluminosa obra de casi mil páginas, bien documentadas, nuestro autor cuestiona una visión historiográfica, a su juicio errónea, que minimiza la existencia de la decadencia hispana. Frente a la tesis revisionista de especialistas como: Henry Kamen, Robert A. Stradling o Christopher Storrs, que defienden la evidencia de notables recursos militares y una cierta capacidad de reacción de la monarquía de Carlos II frente a las agresiones de Luis XIV de Francia, Espino antepone la aguda observación del profesor I.A.A. Thompson que hace hincapié en la cruda realidad: los observadores contemporáneos -extranjeros y españoles- no veían por ningún lado fuerzas en la monarquía, sino más bien debilidades. En esta línea, el autor del libro se apoya en numerosos documentos conservados en los principales archivos españoles para defender la realidad incuestionable del estado de indefensión en que se hallaba España a finales del siglo XVII, tanto en sus fronteras peninsulares, como en sus dominios europeos y americanos. Los testimonios de diplomáticos, generales, ministros del rey, virreyes, gobernadores y otras autoridades locales repartidas a lo largo y ancho del mundo hispano, bien coincidían en denunciar la carencia de dinero, hombres y fortificaciones aptas, para proteger el territorio bajo su control. Ésta será la monarquía que herede Felipe V cuando asuma el control de la corona española a la muerte de Carlos II, porque -según el autor- la necesidad más urgente que tendrá el primer Borbón será un nuevo Ejército y dinero con que pagarlo. Antonio Espino apunta además que, si la monarquía pudo conservar buena parte de su integridad territorial fue, más bien gracias al interés de las potencias marítimas (Inglaterra y Holanda) por

evitar el colapso hispano e impedir la absorción de vastos territorios por parte de Luis XIV, así como el monopolio galo del lucrativo comercio colonial. Por otro lado, es bien sabido que, por entonces, el Rey Sol ya confiaba en adquirir, para los Borbones, la herencia hispana cuando falleciera, sin descendencia, Carlos II.

El extenso trabajo de Antonio Espino se divide en dos grandes apartados que recogerían nueve capítulos. Se cierra con unas conclusiones, abreviaturas de notas acerca de las monedas y medidas de la época, la descripción de las fuentes primarias utilizadas, así como una selecta bibliografía de consulta. En la primera parte del libro titulado: “Las fronteras imperiales de Europa”, el autor hace un exhaustivo repaso sobre la situación en que se hallaban las fortificaciones, tropas y efectivos navales desplegados en los territorios hispanos europeos, además de la disponibilidad de dinero para hacer frente a las necesidades de la guerra. El balance final que realiza el autor acerca de la situación global de la monarquía, a finales del XVII, no puede ser más sombrío.

En efecto, la documentación no paraba de denunciar la carencia casi total de recursos. Esta realidad se percibía en los informes que los representantes del rey enviaban regularmente a la corte. Se comienza por repasar la situación de las fronteras peninsulares con Francia; primero con las provincias vascas y luego con Navarra. Aunque este frente no fue muy activo, los rumores de invasión que llegaban a oídos de las autoridades reales crearon un estado de continua alarma, tal y como se advierte en las misivas que se recibían en Madrid. Estos informes describen, con sumo detalle, el lamentable estado de indefensión de plazas como San Sebastián, Fuenterrabía y la ciudadela de Pamplona. Se carecía de hombres, armas y dinero. Aragón tenía en la ciudadela de Jaca su principal dispositivo defensivo, pero los sucesivos inventarios efectuados delataban falta de hombres y artillería. Bajo el reinado de Carlos II, Aragón pasó de ofrecer dinero a enviar hombres a los puntos más amenazados de la monarquía española. Más expuesta todavía estaban los límites pirenaicos de Cataluña, para muchos ministros, el verdadero baluarte defensivo de España frente a las ambiciones del país vecino. Antonio Espino López ha estudiado, en numerosos trabajos, la grave situación defensiva catalana, a través de la correspondencia remitida a la corte por todos los virreyes y las autoridades forales. Honda preocupación causó, durante toda la segunda mitad del siglo XVII, la desprotección de las plazas fortificadas en la Cerdaña española (Puigcerdá) y el Ampurdán (Rosas y Gerona). Como se pudo ver durante la Guerra de los Nueve Años (1689-1697), los ejércitos franceses llegaron a ocupar el norte de Cataluña y someter la ciudad de Barcelona (1697). Sin embargo, el litoral mediterráneo también estaba expuesto a las amenazas de



la flota gala. La carencia de defensas en las islas Baleares era patente a ojos de sus autoridades. Faltaba dinero para reparar las fortificaciones, había problemas para movilizar milicias y se tenía que convivir con la presencia intimidatoria, en sus aguas, de navíos franceses. Tampoco se libraban de este problema el Reino de Valencia y su vecino murciano. Su amplia franja costera estaba indefensa. No había barcos españoles para protegerlas y las pocas tropas pagadas por el reino eran destinadas a Italia o estaban sin armamento. El impune bombardeo naval de la ciudad de Alicante (1691) duró varios días y no obtuvo respuesta alguna por parte de las inexistentes defensas de la plaza. Otro tanto se puede decir acerca de la Capitanía General de la costa de Granada y del litoral andaluz. Las pocas fuerzas desplegadas debían de guarnecer la región y asistir a las guarniciones de Ceuta y de Orán. Consecuentemente, existían carencias en hombres, artillería y municiones. El bombardeo de Málaga (1693) -como bien dice el autor- fue un ejemplo del pésimo estado en que se encontraban las fortificaciones españolas a finales de la centuria. En la misma línea estaban las costas atlánticas andaluzas. Cádiz tenía defensas antiguas que necesitaban de urgentes reparaciones, más si cabe, cuando por su puerto transitaban las flotas de galeones que iban y venían del Nuevo Mundo. Gibraltar estaba descuidada. No debe de extrañarnos que los enemigos de la monarquía pusieran sus miradas en su conquista. Los presidios africanos de Ceuta, Melilla y Orán dependían de los refuerzos peninsulares. Esto explicaría que los continuos ataques argelinos y marroquíes hicieran insostenible allí la presencia española. El aislamiento de las islas Canarias siempre dificultó su defensa, por lo que poco se pudo hacer en el reinado de Carlos II. La frontera portuguesa fue militarmente activa en los últimos años de vida de Felipe IV. Al fracasar su conquista, Portugal recuperó su independencia (1668). Debido a ello, en las fronteras de Galicia, Castilla y Extremadura, el rey tuvo que comprometer un dinero inexistente para preparar dispositivos defensivos, acuartelar tropas y almacenar municiones. Para acabar este apartado, Antonio Espino López dedica interesantes páginas sobre la defensa de dos sensibles dominios europeos de la monarquía hispana, permanentemente amenazados. Uno de ellos eran los Países Bajos españoles que, todavía, continuaban siendo la principal plaza de armas de los Habsburgo, pero su temible Ejército de Flandes era solo una sobra de lo que había sido antaño. El país siempre estuvo expuesto a las invasiones de Luis XIV. Aun así, la fuerza militar desplegada allí seguía siendo notable, porque todavía enviaba refuerzos a España. No obstante, su manutención seguía consumiendo grandes caudales. Otro tanto podemos decir acerca de la Italia española -Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y los presidios toscanos-, pero con la salvedad de que



los hombres y el dinero recaudado revertían en su defensa y en la del resto de la monarquía. Tal y como afirmaba el autor, resultaba irónico que los enemigos de España en el pasado -Inglaterra y las Provincias Unidas- consideraban ahora un mal menor que la monarquía hispana conservase aquellas posesiones. Todo ello era mucho mejor que antes verlos sometidos a la soberanía de Francia.

La segunda parte del libro, de menor extensión, está dedicada al universo colonial hispano, bajo el título de: “Las fronteras imperiales de las Indias”. En este apartado el autor explica la realidad de la problemática defensiva colonial, por lo general, con su propia idiosincrasia, pero con muchos elementos comunes identificados en el Viejo Mundo. Por un lado, América -rica en minas de plata-, durante el reinado de Carlos II debió de gastar más dinero en su propia defensa y, consecuentemente, las flotas de galeones traían menos numerario para el rey, muy necesitado de recursos para defender sus dominios europeos. El problema defensivo de América no fue tanto la carencia de dinero, armas y hombres, sino las insalvables distancias de un extenso imperio difícil de proteger. Al igual que sucedió en Europa, la difusión de rumores sobre amenazas que acechaban a las colonias fue una constante durante todo este periodo, tal y como se deduce de las cartas que las autoridades enviaban al Consejo de Indias.

El virreinato de Nueva España fue la unidad territorial más extensa de las posesiones del rey en el Nuevo Mundo. Sus límites llegaban, por el norte, desde las áridas zonas de Nuevo Méjico y pasaban luego por Florida. Las fronteras del sur incluían gobernaciones como: Guatemala, Venezuela y Cartagena de Indias. Pero sus responsabilidades abarcaban también las islas del Caribe -las llaves del Nuevo Mundo-, como eran: Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo. Sin olvidar tampoco, las Filipinas y otras islas del Pacífico. Nuestro autor señala en su libro que la principal amenaza en todos estos años se centró en el Caribe. Holandeses, franceses e ingleses ocuparon pequeñas islas sin habitar -Tortuga o Barbados- que luego convertían en bases operativas para atacar los dominios del rey y sus ricos galeones, a través de piratas y corsarios. Sin olvidar el nocivo contrabando de mercancías. Para combatir estos peligros, los virreyes novohispanos debieron de invertir ingentes cantidades de dinero en fortificar plazas estratégicas, armar barcos de guerra, preparar artillería, munición y pagar milicianos. Sin embargo, Antonio Espino señala cómo la Monarquía hispana se vio impotente a la hora de desalojar a sus enemigos de las islas que ya ocupaban y aceptó su presencia en Jamaica y parte de Santo Domingo. Todo ello, sin olvidar los continuos ataques de grandes flotas francesas e inglesas a los puertos caribeños más importantes. Por otro lado, la seria amenaza fronteriza proveniente de los pueblos nativos que



vivían al margen del mundo colonial hispano se pudo afrontar de dos maneras: o bien con el sometimiento o bien con el exterminio.

El virreinato del Perú, algo menos extenso, pero no menos rico, tuvo unas dificultades defensivas muy parecidas a las de su homólogo mejicano. Todos sus virreyes tuvieron que gastar también grandes sumas de dinero para proteger una frontera que comprendía: Perú, Chile, Buenos Aires, Tucumán y Panamá. La necesidad de fortificar puertos como El Callo y Valparaíso se complementó con los gastos que comportó mantener barcos adscritos a la Armada del Mar del Sur. En tiempos de Carlos II la frontera chilena estuvo constantemente amenazada por los indígenas, lo que obligó a movilizar notables efectivos humanos. Otro espacio geográfico muy sensible como era el Río de la Plata tuvo que combatir a los portugueses asentados en la colonia de Sacramento. Mientras que Panamá, Portobelo y Chagres fueron saqueadas por los piratas ingleses, generando allí una sensación de inseguridad. No obstante, los datos que ofrece Antonio Espino indican que, paralelamente al incremento de las amenazas, el presupuesto militar del virreinato creció lo que, sin embargo, contrasta con las numerosas quejas que siempre hubo de los gobernantes peruanos sobre la imposibilidad de defender, sin recursos, las tierras bajo su autoridad.

RAFAEL CERRO NARGÁNEZ  
(Doctor en Historia Moderna,  
Universitat de Barcelona)